

NOTAS Y COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

Río Cuarto en la hora de la revolución agrícola

José Luis de Imaz, *Estructura social de una ciudad pampeana*, Cuaderno de Sociología 1.2, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1965, 169 p.

Para los millares de viajeros que —en camino hacia Cuyo o hacia el Litoral— atraviesan todos los meses a Río Cuarto, esta ciudad animada, toda igual en su blanca arquitectura, de calles estrechas congestionadas de automóviles, de intensa vida comercial, constituye una especie de símbolo del dinamismo urbano del campo pampeano. Más allá de esta fachada de modernismo y de desahogo, José Luis de Imaz se dedica, en un interesante estudio, a desmontar la estructura y la mecánica de esta joven ciudad y, sin embargo, históricamente muy antigua.

Fortín sobre el río, en el contacto del piedemonte y de la gran llanura, desde 1750 a 1872 no era sino una plaza fuerte militar de la gran frontera, que protegía algunas vastas explotaciones pastoriles. El tratado de paz de 1872, en el que se ilustró Mansilla, marca el punto de partida de la segunda Río Cuarto, la ciudad de los ganaderos, de los colonos y del comercio. La frontera es rechazada hacia el río Quinto y después de 1880 desaparece completamente, los ferrocarriles convergen hacia este obligado lugar de paso, la tierra es distribuida como en todo el anterior “desierto” en vastas unidades de las cuales un buen tercio cerca de la ciudad son entregadas a la “colonización” a comienzos del siglo según el mismo proceso y al mismo tiempo que en el territorio de La Pampa, y grandes comerciantes de ramos generales se instalan antes de que se desarrollara todo un comercio especializado. Río Cuarto, centro comercial de la campaña y pequeño centro administrativo del sur de la provincia, crece así regularmente alrededor de un 4% por año, de 10.000 habitantes en 1893 a 75.000 en nuestros días, mitad por crecimiento natural, mitad por inmigración. Llegan de la sierra, de la llanura vecina, de Cuyo, especialmente de San Luis, y, en fin, del litoral santafesino. Una ciudad joven —42% de menos de 20 años, solamente un 6% de más de 60 años—, una ciudad de españoles y de italianos (algunos franceses y austriacos), sea de importación di-

recta, sea tamizados por las colonias de Santa Fe que tenían prioridad cronológica, en una ciudad abierta y equilibrada.

A una sociedad joven y plástica, corresponde un urbanismo simple, de una arquitectura confortable y discreta; en una primera visión, una ciudad de pequeños burgueses. No hay *zoning* en Río Cuarto. No hay barrio residencial lujoso central o exterior, aunque exista un sector marginal del otro lado del río. En la ribera izquierda, frente a la ciudad, una especie de campaña degradada, ranchos de todos los tipos, donde viven 6.000 criollos, peones o jornaleros, tres cuartas partes de ellos *changarines* de las cosechas de la región cordobesa-puntana. El único hecho nuevo son los esqueletos de hormigón que se elevan en el centro: el desahogo de la campaña de estos últimos años se traduce en la reinversión urbana, y estos grandes inmuebles en propiedad horizontal cambian poco a poco la fisonomía del "barrio" de la plaza.

"Sociedad urbana joven y plástica", sí, en la medida en que las capas medias representan un 54% de los 46.000 activos, ciertamente uno de los más altos porcentajes del país. En realidad, muchos son chacareros ricos surgidos de las colonias de las inmediaciones, o pequeños y medianos estancieros del piedemonte oriental y meridional de la sierra (las grandes estancias de la llanura pampeana, al sur, están todas —salvo una— en manos de familias porteñas ampliamente conocidas). El pasaje es constante, del campo al profesional y al comerciante: al final de cuentas todo esto es "negocio". La consecuencia es esta sociedad abierta, interiormente poco tabicada, poco sujeta a ascensos brutales, sociedad amante de la cultura y de adquisiciones intelectuales. Sin duda también, una sociedad algo molesta por su riqueza y que se busca a sí misma, que siente la necesidad, después de tres cuartos de siglo de existencia, de una justificación, un ancla en este rincón de tierra en que no la retienen sino todavía negocios fructuosos. Nos parece que el sociólogo Imaz hubiera debido prestar más atención a este afán, y consagrarle un capítulo que hubiera sido del mayor interés.

Porque no estamos completamente convencidos por la especie de demistificación, a menudo bien venida, a la cual se entrega nuestro colega. Por supuesto, Río Cuarto no posee "usos específicos", para emplear su vocabulario; por supuesto, la mayoría de las ciudades pampeanas, nuevas por definición, una vez ganadas por el desahogo, buscan imitar lo que está de moda en Córdoba, en Rosario y, al final de cuentas, en Buenos Aires. Pero esto es superficial: más allá de las actitudes culturales y de los comportamientos, nos parece que puede extraerse un sentimiento local vigoroso, que interpreta las necesidades de un medio regional y trata de asegurar su porvenir. Porque no es por azar, por simple espíritu de imitación, por lo que Río Cuarto posee un canal de T.V. o una Universidad del Centro, ni por lo que —en el caso opuesto— ninguna industria se ha instalado, por falta de energía disponible.

Al considerar este tema, medimos la necesidad de la comple-

mentación de las ciencias humanas. A este brillante estudio sociológico —y de sociología abierta— le han faltado algunos sólidos sustentos geográficos, que hubieran permitido una reinterpretación de ciertos hechos. Río Cuarto, ciudad fortín, convertida en un gran pueblo comerciante, después en una ciudad activa, centro de servicios para una vasta región rural, no es una ciudad del interior sino una de esas ciudades de contacto que jalonan el oeste y el norte pampeanos, como Santa Rosa, General Pico, Mercedes o San Francisco. Ciudad de pasaje y enrucijada, en el contacto de piedemontes fértiles y relativamente húmedos con la pampa seca, se ha nutrido demográficamente de los excedentes de las grandes colonias vecinas, y económicamente de los ganaderos más alejados, hasta que el desahogo alcanza a esas colonias (por la expansión del maíz y la introducción del maní al noroeste) y las abre ampliamente a su vez, con la ayuda de la motorización, al comercio riocuartense.

Así, pues Río Cuarto, capital del sur, es una capital desequilibrada. Dirige una vasta región, pero sobre una base relativamente precaria: la de la pequeña y mediana burguesía rural, desarrollada en el sector de piedemonte de colonias y enriquecida recientemente. Relaciones directas con Buenos Aires (y Mendoza) le han asegurado un cierto grado de autonomía con respecto a la capital provincial, Córdoba. Pero la independencia de acción de Río Cuarto encuentra rápidamente un doble límite: por una parte, el inmenso dominio meridional, al igual que el sur de San Luis, vive al ritmo de decisiones tomadas en Buenos Aires, donde residen los dueños de las grandes explotaciones pastoriles; por otra parte, la ausencia de todo sector secundario creador de riquezas, es una tara redhibitoria de Río Cuarto. Los pequeños burgueses de la campaña, han sabido convertirse en la ciudad en redistribuidores de riqueza, no en creadores: la acumulación de capital era localmente insuficiente, y se depende siempre de centros lejanos de decisión, Córdoba y en última instancia Buenos Aires, para el equipamiento de base energética y para las medidas autoritarias de implantación industrial.

Sólo la revolución agrícola de estos últimos ocho años ha podido dar una nuevo impulso a la ciudad, por multiplicación de servicios y fijación en el medio urbano de la residencia principal de numerosos rurales. Pero no se ha franqueado ningún cabo, y Río Cuarto permanecerá como una pequeña capital regional, animadora de un medio rural heterogéneo en el contacto de la sierra y de la llanura, de lo árido y de lo húmedo, con vocación de servicios. Estos servicios son cada vez más complejos y elaborados, y llegan —igual que en Santa Rosa, por ejemplo— a comprender una enseñanza universitaria o actividades culturales superiores. Por ello, Río Cuarto no dejará de ser un eslabón, ciertamente privilegiado, en un dispositivo de centros regionales que estructuran el espacio pampeano cada vez más clara y vigorosamente, bajo la dependencia casi simultánea de Córdoba y Buenos Aires.

recta, sea tamizados por las colonias de Santa Fe que tenían pricidad cronológica, en una ciudad abierta y equilibrada.

A una sociedad joven y plástica, corresponde un urbanismo simple, de una arquitectura confortable y discreta; en una primera visión, una ciudad de pequeños burgueses. No hay *zoning* en Río Cuarto. No hay barrio residencial lujoso central o exterior, aunque exista un sector marginal del otro lado del río. En la ribera izquierda, frente a la ciudad, una especie de campaña degradada, ranchos de todos los tipos, donde viven 6.000 criollos, peones o jornaleros, tres cuartas partes de ellos *changarines* de las cosechas de la región cordobesa-puntana. El único hecho nuevo son los esqueletos de hormigón que se elevan en el centro: el desahogo de la campaña de estos últimos años se traduce en la reinversión urbana, y estos grandes inmuebles en propiedad horizontal cambian poco a poco la fisonomía del "barrio" de la plaza.

"Sociedad urbana joven y plástica", sí, en la medida en que las capas medias representan un 54% de los 46.000 activos, ciertamente uno de los más altos porcentajes del país. En realidad, muchos son chacareros ricos surgidos de las colonias de las inmediaciones, o pequeños y medianos estancieros del piedemonte oriental y meridional de la sierra (las grandes estancias de la llanura pampeana, al sur, están todas —salvo una— en manos de familias porteñas ampliamente conocidas). El pasaje es constante, del campo al profesional y al comerciante: al final de cuentas todo esto es "negocio". La consecuencia es esta sociedad abierta, interiormente poco tabicada, poco sujeta a ascensos brutales, sociedad amante de la cultura y de adquisiciones intelectuales. Sin duda también, una sociedad algo molesta por su riqueza y que se busca a sí misma, que siente la necesidad, después de tres cuartos de siglo de existencia, de una justificación, un ancla en este rincón de tierra en que no la retienen sino todavía negocios fructuosos. Nos parece que el sociólogo Imaz hubiera debido prestar más atención a este afán, y consagrarle un capítulo que hubiera sido del mayor interés.

Porque no estamos completamente convencidos por la especie de demistificación, a menudo bien venida, a la cual se entrega nuestro colega. Por supuesto, Río Cuarto no posee "usos específicos", para emplear su vocabulario; por supuesto, la mayoría de las ciudades pampeanas, nuevas por definición, una vez ganadas por el desahogo, buscan imitar lo que está de moda en Córdoba, en Rosario y, al final de cuentas, en Buenos Aires. Pero esto es superficial: más allá de las actitudes culturales y de los comportamientos, nos parece que puede extraerse un sentimiento local vigoroso, que interpreta las necesidades de un medio regional y trata de asegurar su porvenir. Porque no es por azar, por simple espíritu de imitación, por lo que Río Cuarto posee un canal de T.V. o una Universidad del Centro, ni por lo que —en el caso opuesto— ninguna industria se ha instalado, por falta de energía disponible.

Al considerar este tema, medimos la necesidad de la comple-

Tales son algunas de las reflexiones que nos inspira este estudio inteligente y sólido. Aún habría mucho por aprovechar, por ejemplo interesantes análisis de la evolución de las estructuras agrarias o de las etapas de desarrollo del comercio. Se podrían también señalar, a veces, algunas debilidades, de las cuales la más importante nos parece, en la construcción misma del libro, el lugar poco feliz de ciertos capítulos y párrafos, que no permiten al lector apreciar una progresión real en el razonamiento, en la elaboración de lo que es, en definitiva, una tesis. Solamente deseamos que otros investigadores nos entreguen pronto el fruto de investigaciones tan seguras, tan cuidadosas, tan profundizadas como este modelo, de modo que nos permita elaborar a corto plazo una tipología de la ciudad pampeana.

ROMAIN GAINARD

Los problemas de Brasil vistos por dos brasileños

1. Josué de Castro, *Una zona explosiva en América Latina: el Nordeste brasileño*, Buenos Aires, Ed. Solar, 1965, 240 p.
2. Celso Furtado, *A pré-revolução brasileira (Le Brésil à l'heure du choix)*, París, Plon, 1964, 158 p.

Desde hace siete años, por lo menos, el Nordeste brasileño solicita la atención de todo el hemisferio occidental. Desde entonces, los periodistas, movidos por el carácter insólito del problema, empezaron a dar cierta publicidad a las reivindicaciones de las ligas campesinas animadas por un abogado brasileño, Francisco Julião, y el mundo sigue esperando inquieto el remolino que iniciará la revolución violenta de los aproximadamente 25 millones de habitantes de esta región de 1.600.000 km². La dureza del medio físico y la degradación de las condiciones socio-económicas heredadas de una tradición excesivamente conservadora, que evoluciona en un cuadro estrecho, están en el origen del subdesarrollo de este sector.

Hoy, el idealista Julião ha sido privado de sus derechos de ciudadano y en el mismo Nordeste se lo ha olvidado rápidamente, pues su programa de acción no había pasado de la etapa de la reivindicación, y en vano se había esperado que algo más coherente y preciso sirviera para encauzarlo. A continuación del difícil período de transición que siguió a la revolución de 1964, la Superintendencia de Desarrollo del Nordeste —anteriormente creada a fin de intentar la solución de los problemas del subdesarrollo de aquella región— volvió a tomar importancia después de haber sido ignorada durante varios años. Alternativamente utilizada como catalizadora, planificadora, ejecutora e intermediaria, contribuyó a infundir al sector cierto dinamismo; lo cual se concretó a distintos niveles por mejores rutas, la extensión de la red de distribución de electricidad, diques e hidrocentrales, escuelas de formación técnica, la introduc-